

De
INMIGRANTE
ilegal



a
CIUDADANO
del cielo

En 1997 escuché del éxito que otros habían tenido al irse a los Estados Unidos a trabajar. Unos años después me contactó un tío que vivía en Florida, porque él conocía a un “coyote” (traficante de personas) que me podía ayudar a cruzar la frontera. Es bien sabido que muchas personas de México, Centroamérica y Sudamérica cruzan por el desierto de Sonora a los EE.UU. Así que hice arreglos para reunirme con el coyote en cierto lugar.

El 11 de septiembre de 2001 salí de Veracruz hacia la frontera. Este fue un día inolvidable por los ataques terroristas a las torres gemelas de Nueva York. Los norteamericanos dicen: “Nunca olvidaremos”, pero yo también puedo decir: “Nunca olvidaré”. Jamás me imaginé que ese viaje terminaría en la salvación de mi alma.

Ese día me subí a un camión y dos días después llegué al lugar donde tenía que esperar a los coyotes. Caminamos por dos días y medio hasta que un carro nos recogió en medio del desierto y nos llevó a Phoenix, Arizona. Luego viajamos con otro coyote por tres días desde Arizona hasta Florida. Allí me quedé con mi tío por dos semanas, y después viajé a Iowa, donde trabajé por seis años.

Mientras estaba en Iowa siempre pensaba en dinero. No me puedo quejar, porque me fue bien y tenía buenos ingresos, pero estaba en mis pecados y sin Dios. Me da vergüenza recordar ese tiempo.

Un día alguien me invitó a escuchar el Evangelio. Comencé a asistir a las reuniones, pero no tenía mucho interés ni prestaba atención a lo que decían. Mi mente siempre divagaba y muchas veces pensaba cómo era posible que supieran que el cielo y el infierno realmente existían.

En el 2006 un hermano de la iglesia de Hampton me dijo que quería hablar conmigo. Cuando llegó a nuestro departamento, abrió la Biblia y comenzó a explicarnos el plan divino de salvación, pero yo todavía no entendía.

Finalmente, el 14 de mayo de 2006, entendí el significado del Evangelio. Juan 3.16 dice que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Comprendí que mi destino eterno sería el cielo, porque el Señor Jesucristo había muerto en la cruz por mis pecados.

Ahora miro atrás y pienso en que muchos han muerto intentando cruzar el

desierto buscando una vida mejor en los EE. UU. Si yo hubiera muerto en mis pecados, me habría perdido para siempre.

El perdón de pecados es la bendición más maravillosa que una persona puede recibir en esta vida. Apreciado amigo, si usted todavía no es salvo, no desperdicie esta oportunidad. No tenemos garantía del mañana. Santiago 4.14 dice: “No sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece”. Todos estamos viajando a la eternidad. Reciba al Señor Jesucristo como su Salvador y disfrutará el perdón de sus pecados y una ciudadanía en el cielo.



Ángel Báez



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com